

Libros, beatniks y guerrilleros

En octubre pasado se celebró en Frankfurt la Exposición Internacional del Libro. A ella han concurrido 2.871 expositores, provenientes de 49 países, incluidos algunos de trás el telón de acero. Los libros expuestos se han calculado en más de 200,000, de los que unos 60.000 eran novedades.

Uno, que es aficionado a la lectura, siempre ha mantenido la dolorosa impresión de que no es capaz de leer ni siquiera, una ínfima parte de lo mucho que se publica y sale al mercado. Ni siquiera en aquella rama, en las que nos consideramos más o menos especialistas, somos capaces de abarcar las nuevas publicaciones. Esta vaga impresión de impotencia, no fue nada comparado con lo que sentí en mi visita a la exposición de Frankfurt. Dos ingentes pabellones —cada uno de ellos, probablemente, con una capacidad tres o cuatro veces mayor que la de nuestros pabellones, en San Salvador,— repletos de stands de las diversas editoriales de todos los continentes: libros científicos, religiosos, literarios, artísticos, infantiles.. Pretender abarcarlo todo, era un absurdo. A mí me daba la sensación de ir caminando por una de esas monstruosas calles de New York, hundido entre rascacielos, con los libros como pequeñas ventanas multicolores.

Llevaba a la exposición una intención definida, y recorrer tan sólo una de las secciones me llevó tres horas. Después, estaba tan agotado, que opté por sentarme en una cafetería. Me dolía el brazo, de llevar tantos catálogos como había ido recogiendo.

Me dije que de libros, ya estaba bien. Y opté por observar a la gente, en un barzoneo cinematográfico. Personas de todas las edades, de todos los tipos. Cada cual, con sus catálogos bajo el brazo. Muchas minifaldas. Junto a mí, pasa un hombre de rasgos exuberantes, con un inmenso cartel de colorines en la mano. Me acerco al pabellón de literatura. Inmediatamente, llaman mi atención ciertos stands, atendidos por beatniks. Libros de protesta. Carteles y títulos inconformistas: "No estamos de acuerdo con nada" —parecen decir, Tampoco yo estoy muy de acuerdo con su manera de vestir (?). pero me lo callo. Unos barbudos atienden —mejor diría, desatienden— un stand descalzos. Beben grandes jarras de cerveza, sentados en el suelo mientras discuten en voz alta. En otro stand, una gran fotografía del Che Guevara, con la siguiente inscripción: "El Che todavía vive", Les gusta discutir con la gente que accede a ello. Defienden —¡qué ironía!— que hay que hacer la guerrilla.. pero no en Europa, sino en Latinoamérica. Un nicaragüense que me acompaña, buen amigo mío, comenta: "¡Que lindo! Ir a matar latinoamericanos. Y luego van allá, y si les agarran, como a Debray, no quieren pagar las consecuencias. A eso se llama falta de compromiso. ¡Que solucionen sus problemas y nos dejen a nosotros solucionar los nuestros!"

Frankfurt ha abierto sus puertas al mundo entero. Hasta al mundo comunista. En un stand, se ofrece un libro ("Braunbuch über Kriegs- und Nazi-Verbrecher in der Bundesrepublik"), en el que se defiende que Kiesinger, el presidente alemán, y algún otro ministro, son antiguos nazis. El último día, se les expulsa de la Exposición. Se fueron, dejando el siguiente cartel: "Quien desee nuestros libros, puede pedirlos a.. Nos fuimos, porque aquí no hay verdadera libertad."

Libros, beatniks y pseudoguerrilleros. Todo un mundo de ideologías confrontado en miles de libros. No sé por qué, ya de regreso, pienso en aquellos hombres "de un solo libro" Y me digo que, por lo menos, hay que conceder que tenían su pizca de razón. Frankfurt, octubre de 1967.

LIC. IGNACIO MARTIN-BARO

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

"El Mundo"

noviembre 1967